



Pou, con Bernat Quintana y Miranda Gas.



El actor catalán regresa esta tarde al Gayarre con 'Viejo amigo Cicerón', texto sobre el emblemático orador a cuya obra bien podrían asomarse algunos políticos de hoy

PAMPLONA – Miranda Gas y Bernat Quintana acompañan a Josep Maria Pou en este viaje tejido por Ernesto Caballero en la dramaturgia y por Mario Gas en la dirección hacia la vida y el pensamiento de un hombre cuya trayectoria nos invita a reflexionar sobre nuestra democracia y la crisis que atraviesa. Las entradas están agotadas.

¿Cómo describiría a Cicerón a alguien que no haya oído hablar de él?

–Así, a bote pronto y con trazo grueso, diría que, hacia el año 40 antes de Cristo, Cicerón era un hombre ya famoso por sus dotes inmensas como orador. Era un maestro de la elocuencia además de un gran abogado, un hombre de leyes al que el público iba a ver a los juicios solo para escucharle. Aparte de eso, era un gran escritor. Con lo cual, y dicho todo esto, podríamos afirmar que estamos hablando de un intelectual, de un hombre culto dedicado a las leyes, a la elocuencia, a la oratoria y demás.

Un hombre de gran prestigio que

Josep Maria Pou

ACTOR

“Nuestros políticos, al menos el 90%, parecen niños lanzándose bolitas de papel a la cara”

↪ Una entrevista de Ana Oliveira Lizarribar
📷 Fotografía David Ruano

en un momento determinado decide entrar en política.

–Así es. Él creía que los ciudadanos estamos moralmente obligados a comprometernos y a hacer lo posible para mejorar nuestra sociedad. Consciente de eso, decide meterse en política. Y allí, en las aguas de la política, es donde se ve inmerso en mil y una rencillas y conspiraciones hasta el punto de que, como hombre de leyes, su defensa acérrima, contumaz, de la democracia y del respeto a la legislación como base fundamental de esta le costará la vida. Le cortaron la cabeza y las manos. Quizá sea por eso que en la política actual no hay demasiados o ningún intelectual.

De hecho, él hace el proceso contrario al que se hace hoy. Cicerón es un hombre culto, profesional, con experiencia vital, y decide dar el paso a la política con todo ese bagaje acumulado. Ahora, en cambio, la mayoría entra en política sin haber vivido y sin experiencia laboral...

–Ojalá que el 99%, dejen un 1% a la esperanza, de quienes dirigen ahora la política y los partidos y lideran todo tipo de conversaciones, reuniones, etcétera, etcétera tuvieran la mínima preparación o la capacidad de elocuencia, oratoria y preparación que tenía Cicerón. Fíjate lo que tenemos que oír todos los días... Nuestros políticos parecen niños de Preu, insultán-



dose continuamente, como estudiantes de enseñanza media tirándose bolitas de papel a la cara. Si esa gente se leyerá, siquiera un poco, los discursos de Cicerón o alguno de los libros que escribió sobre grandes temas, seguro que nos iría mejor. A mí lo que me gusta de él, y lo que queda claro en el espectáculo y por eso lo hemos hecho, es que era un hombre culto e inteligente que se mete en política y que llega hasta las últimas consecuencias. Él está convencido de que las leyes son la base fundamental de la democracia y que, por supuesto, se pueden cambiar, pero negociándolo y preparándolo, que no puede uno saltárselas porque sí.

Lo que quiso hacer Julio César, saltarse las leyes en beneficio propio.

—Eso es, y era íntimo amigo de Cicerón. Julio César quiso cargarse la República, es decir, la democracia, para crear lo que fue el imperio romano bajo su mando como tirano. Cuando Cicerón vio que su amigo, al que había apoyado durante mucho tiempo, estaba tomando esa deriva, no dudó en instigar su muerte. Él fue el que instigó a Casio y a Bruto y los utilizó para llevar a cabo el asesinato de Julio César. En la función lo reconoce, era un hombre implicado hasta el final en la defensa de la democracia. Aunque tengo que decir hay otro aspecto de Cicerón que a mí, a José

María como actor, me atrae más y me ha llevado a hacer el personaje.

¿Cuál es?

—Es el hombre culto, enamorado de la lectura y defensor acérrimo de los libros. Los que nos hemos interesado por él conocemos de memoria muchas de sus grandes frases. Como esa en la que dice 'para vivir feliz no necesito más que dos cosas: un jardín y una biblioteca'. Alguien que piensa así merece toda mi admiración. O cuando dice 'una casa sin libros es como un cuadro sin alma'. ¡Qué maravilla! O 'los libros son los únicos amigos que no te traicionan'. Me pongo de rodillas ante un hombre que sea capaz de vivir de acuerdo a esos pensamientos.

¿Se reconoce en él en ese aspecto?

—Sí, por supuesto. Yo soy lo que en catalán se llama un *lletraferit*. No concibo que se pueda vivir sin estar rodeado de libros y leyendo muchas horas al día. Este aspecto humanista de Cicerón es el que más me interesa. Porque como político es cierto que es una figura controvertida, hay ensayistas e historiadores que le acusan de ser un hombre vanidoso que se metió en política para aumentar su fama y así pasar a la posteridad. Aunque, bueno, tampoco me parece mal.

¿Nos faltan intelectuales en el panorama político actual?

—Sí. Ojalá hubiera más. Resulta difícil definir qué es un intelectual, pero podríamos hablar de esas personas que por suerte todavía escriben en determinados medios y tienen visiones claras y objetivas de lo que está pasando, y también de mucha gente que imparte clases o investiga desde la universidad con maestría. Ojalá parte de esa gente estuviera en la política, tendríamos otro nivel de pensamiento, pero creo que lo que ha pasado en España en los últimos años, es decir, la relativa mediocridad de muchos de los políticos ha ahuyentado a esas personas. Y si alguno de esos intelectuales tiene el más mínimo pensamiento de meterse en política, al ver eso se retira asustadísimo.

Espantado.

—Claro. Hay intelectuales que podrían ayudarnos a entender algunas de las cosas que nos están pasando, pero que con mucha prudencia se han encerrado en sus cuarteles de invierno, porque, de alguna manera, la clase política actual expulsa, casi como una fuerza centrífuga, a todos los que no son tan gallitos como ellos. Dicho esto, también quiero aclarar que me sabe mal generalizar; yo mismo conozco a gente metida en política que se está dejando la piel y tiene auténtica vocación de servicio, pero como lo que surge, como la espuma del caldo, son los líderes enzarzándose los unos contra los otros, la imagen que queda es esa.

En eso tenemos mucho que ver los medios, que parece que solo nos alimentamos con el 'y tú más'.

—Estoy totalmente de acuerdo con lo que dices y te agradezco que asumáis esa parte. Es normal, la prensa busca titulares, pero estoy seguro de que, a lo largo del día, si uno quisiera podría encontrar más noticias positivas, olvidándose de los grandes titulares y atendiendo a los pequeños héroes cotidianos. Pero eso no vende, ¿no?, y lo que es más triste, quizá ni interesa. **Puede ser, y es triste, sí.**

—Por eso, y sin pecar de vanidad más que la necesaria para ser actor, me he empeñado siempre en hacer espectáculos que inviten a la reflexión colectiva. Si Ernesto Caballero, Mario Gas y yo hacemos ahora este *Cicerón* es porque ya habíamos hecho *Sócrates*, en la que reflexionábamos sobre la libertad de expresión. Mario y yo somos de la misma generación, mamamos el teatro juntos en los 60 y aprendimos que nuestro oficio es compromiso con el espectador. Y yo sigo creyendo que el teatro debe ser una tribuna viva de debate con el espectador. Este espectáculo no es fácil, es una obra reflexiva en la que prima la palabra y en la que el público está continuamente procesando sus frases.

Y seguramente por eso sale diferente a como ha entrado.

—Exacto. El teatro siempre debe transformar al espectador. No puede ser que después de pasar un par de horas dentro de ese recinto sagrado salga sin haber sentido algo que le haya, como mínimo, conmocionado. Y esto no va en contra de ningún tipo de teatro de evasión, se puede uno reír muchísimo de una función y salir transformado también.

¿Cuál es el papel de Tulia y de Tirón en esta historia?

—La función tiene truco. Es una dentro de otra. Estamos hablando de Cicerón y de la antigua Roma, pero es un espectáculo absolutamente actual. Miranda Gas y Bernat Quintana son dos estudiantes que están en una biblioteca pública preparando un trabajo de fin de carrera sobre Cicerón y allí se encuentran conmigo, otro investigador que ya es un experto en este personaje. Y los tres se enzarzan en una conversación que, sin darse cuenta y sin que tengan que hacer nada especial, les traslada a la época de Cicerón, y cuando es necesario les vuelve a traer al presente y luego se los vuelve a llevar al pasado. Esos saltos de tiempo, ese ver determinados momentos de la vida y comportamientos de Cicerón a través de personajes de hoy en día ayudan mucho al espectador a comprender la dimensión de su figura. En el pasado, Bernat se convierte en Tirón, que pasó de ser esclavo a secretario y amigo de Cicerón, y Miranda es Tulia, su hija, que era muy especial para él y cuya muerte le afectó profundamente.

El Rey Lear, Sócrates, Moby Dick, Viejo amigo Cicerón... Enlaza un montaje tras otro, ¿queda mucho por hacer?

—(Ríe) Casi me gustaría que no quedara nada. El año pasado cumplí los 50 años como actor y, como bien dice, encadenando un espectáculo detrás de otro, sin parar, y tengo la sensación de que ya he cumplido. Hay bastante obra hecha y que lo que queda por hacer que lo hagan las generaciones jóvenes, más que nada porque están haciendo un teatro muy interesante. Yo tengo ya 75 años y creo que es una edad para pensar en irse retirando. No me fallan ni la salud ni las fuerzas ni las ganas, pero ya he hecho mucho y debo pensar en descansar también. Por eso quizá a partir de ahora no encadene un espectáculo detrás de otro como quien enciende un cigarrillo con lo que queda del anterior. ●